



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S. L. U.
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
 Director General: Carlos Núñez Murias

Director: Miguel Iturbe Mach
 Subdirector de Información: Santiago Mendive. Subdirectora de Desarrollo Digital: Esperanza Pamplona. Redactor-Jefe de Organización y Cierre: Mariano Gállego. Adjunto a la Dirección para

Opinión: José Javier Rueda. Política: Mónica Fuentes. Economía: Luis H. Menéndez. Municipal: Manuel López. Digital: Nuria Casas. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Fotografía: José Miguel Marco.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino
 Comercializa: Blue Media Comunicación S. L.
 Imprime: Impresa Norte S. L.
 Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón S. L.

LA FIRMA | Por José Badal

Va de expertos

Está bien que los políticos se dejen asesorar, antes de tomar decisiones, por personas preparadas y con experiencia en las diversas materias; pero siempre que los expertos lo sean de verdad

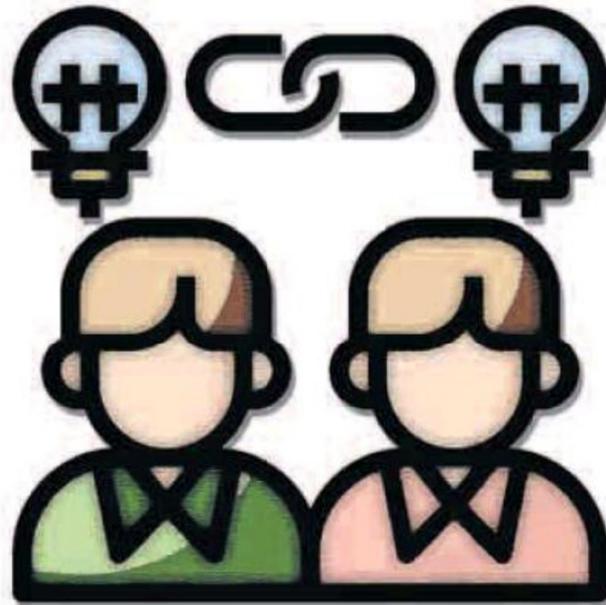
Mucho se habla últimamente de expertos y asesores, sobre todo a raíz de la pandemia, que indudablemente exige medidas acertadas encaminadas a solventar el problema sanitario de la mejor manera posible en el menor plazo de tiempo. Y más se hablará cuando el impacto de la pandemia que nos aqueja deje paso a un preocupante panorama socioeconómico, que deberá ser abordado con presteza, habilidad y rigor si se quiere paliar, al menos en parte, sus graves repercusiones.

Ante tan poco halagüeñas perspectivas, nada mejor que recabar el dictamen de los expertos, por ser personas con profundo conocimiento de una materia y con fundado criterio en la misma, con preparación y experiencia demostrables, y que han tenido éxito en su quehacer profesional. Pero, ¿de verdad cumplen con estas premisas los numerosos y pretendidos expertos y asesores reclutados por nuestra fauna política que transitan por los departamentos ministeriales o deambulan por los pasillos de la UE o de las embajadas?

Ostentar un cargo de confianza en la Administración, por importante que sea, aun de nivel 30, o beneficiarse de nombramientos discrecionales no le convierte a uno en experto de nada si no es el titular de mayores cualificaciones y logros; en principio es un mero gestor. Y no digamos ya si los únicos méritos del agraciado, militante o simpatizante de un partido político, son que ha cursado 'estudios de'. Se me podrá decir que un político con mando en plaza debe ser ante todo un buen gestor; pero mejor desarrollará su trabajo si además sabe de los asuntos sobre los que ha de decidir.

No escasean los expertos nominados con la intención de pagar o procurarse favores. En el transcurso de mi actividad profesional, me he tropezado con algún que otro personaje carente por completo de idoneidad para el cargo, pues su corto currículum nada tenía que ver con las funciones que desempeñaba sin ningún empacho. Eran personas apadrinadas, colocadas a dedo en un puesto, pero sin la formación adecuada para el mismo, lo que las hacía dependientes del subalterno pícaro, adulador o chistoso de turno.

Con frecuencia se cita a los expertos (ahora la moda es que sean clandestinos) para argumentar o justificar decisiones propias; lo cu-



HERALDO

al está bien cuando realmente son competentes en una determinada materia, porque uno no puede saber de todo con la pericia deseable. Aunque también es verosímil que quien así procede lo haga con la intención de tapan su total desconocimiento del tema sobre el que debe pronunciarse, cuando no su propia incapacidad para el cargo. Lo cual no es de recibo, porque si fuese responsable y sensato, al menos debería acreditar un mínimo conocimiento sobre los asuntos de su competencia.

Es loable, incluso de agradecer, que los que nos gobiernan (es un modo de hablar), a veces poco ilustrados sobre las cosas importantes, porque desde sus más tiernos años se adscribieron a una formación política y se dedicaron a medrar con plena dedicación y santa perseverancia en pos del chollo (eso sí, siempre proclamando su afán de cambiar las cosas para el bien de los demás), soliciten la opinión valiosa de quien tras muchos años de estudio acredita un buen currículum y una dilatada experiencia en un campo concreto, es decir, de un experto. Nada más prudente, cuando de tomar deci-

siones acertadas se trata. Pero siempre que tal asesor sea realmente alguien de reconocido prestigio avalado por su trayectoria profesional y no solo por el puesto que le cayó en una pedrea.

Por otro lado, si el alto cargo político no ha podido instruirse en otras disciplinas del saber, ora por su total servicio a la causa ora por su desapego al trabajo en favor de la adulación y la lisonja, o simplemente por su falta de entendederas, me estremezco al reparar en su inexistente criterio a la hora de seleccionar al experto y de incorporarlo a su equipo de trabajo. Estos dos requisitos, la idoneidad del político para el cargo que ostenta y la indiscutible valía del experto o asesor, no son baladíes, ya que lo deseable es que el político sea competente o, en su defecto, suficientemente inteligente y falto de ego como para buscar la opinión de alguien más preparado; y también que el experto lo sea de verdad, con especial dominio de una materia, y no un pariente, correligionario, amiguete o amante. Lamentablemente, cuando no se dan ambas circunstancias o condiciones, bien que los ciudadanos de a pie pagamos las consecuencias, además de abultadas e injustificadas nóminas. Se requiere mucha honradez para no ser títere de nadie y ejercer con solvencia y rectitud la profesión que uno ha elegido, sin abandonarse a cantos de sirena en beneficio propio.

José Badal es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

«Ostentar un cargo de confianza en la Administración, por importante que sea, no le convierte a uno en experto de nada»

EN NOMBRE PROPIO

Vicente Pinilla

Sin condiciones

Primero nos dan la vida, que ya es mucho, pero a continuación nos cogen de la mano para enseñarnos cómo atravesar esta. Nos educan, nos transmiten valores y, sobre todo, intentan que seamos felices en una etapa, la infancia, que nunca vamos a olvidar y que nos va a marcar. En esos años lo son todo para nosotros. Los buscamos sin descanso y un juego compartido, su sonrisa, su cariño, son nuestra mayor felicidad. En la adolescencia, inevitablemente, nos despegamos para forjar nuestra propia personalidad. Afirmamos nuestros valores y buscamos nuestro camino. Ellos nos observan. Muchas veces con preocupación, con inquietud. Pero siempre están detrás.

Por eso, cuando perdemos a uno de ellos en esos años, sentimos que entramos en la auténtica edad adulta antes de lo que nos hubiera gustado. Nos damos cuenta de que ya no está la persona con la que siempre podíamos contar. Con el tiempo volvemos más a ellos y como abuelos vuelven a estar más tiempo con nosotros. Cuando se hacen mayores, somos nosotros los que tenemos que apoyarles. No mucho al principio, pero conforme pasa el tiempo cada vez más. Por mucho que hagamos, nunca lograremos compensarles por lo que han hecho por nosotros. No les importa, siempre lo han sabido, pero también que nosotros haremos lo mismo por nuestros hijos.

Verlos marchar nos parte el corazón, hemos disfrutado de un amor sin condiciones, como no hay otro igual.

Vicente Pinilla es catedrático de Historia Económica de la Universidad de Zaragoza

CON DNI

Javier Usoz

Valentín

En estas fechas, Maite, Valentín, su hijo Pedro y el perro Rudolf, haciendo escala en su ruta de Vitoria al Mediterráneo, solían pasar una tarde y una noche con mi familia en Fuentetodos. La visita era un gran acontecimiento desde los prolegómenos, protagonizados por una comedia telefónica en varios actos, en la que Valentín y yo, hechas las oportunas consultas familiares, concretábamos las fechas y la logística, que era bien poca, la propia de un trato llano, sin alardes gastronómicos, ni regalos protocolarios, ni demás formalidades.

Despedida la comitiva vasca, esa mañana sentíamos en casa una añoranza de la que solo nos consolábamos pensando en la cita del siguiente agosto. Sin embargo, el año pasado ya no pudo ser y este, tampoco.

Valentín hubo de retomar su pelea contra la enfermedad que padecía hacía una década, hasta que falleció una madrugada del pasado mes de julio.

Nos vimos por última vez hace unos meses en Zaragoza, donde Maite y Valentín estaban de paso, camino de una consulta médica. Cenamos animadamente y hablamos de las cosas de la vida, de las buenas y de las malas, pero no de la muerte. No sentimos que tocara hacerlo. En cambio, hoy sé que fue una velada de despedida. Valentín brindó y verbalizó el afecto que me tenía como nunca lo había hecho, dedicándome unas palabras de su admirado Winston Churchill. No las olvidaré mientras tenga memoria. Hoy lamento no haber respondido a aquel gesto con otro que expresara mi amistad. Mas es un lamento nimio, pues sé que Valen me quería también por mis defectos. «El muerto al hoyo y el vivo al bollo», qué miserable patraña.

juoz@unizar.es